

Fecha: 02/04/2002

INTERVENCIONES

El tránsito de una chabola a un piso de una familia portuguesa

El hogar de Lidia

El matrimonio María Dos Santos y sus cuatro hijos han accedido a una vivienda después de año y medio en un asentamiento de chozas y camiones en Pamplona.

Han dejado atrás una vida de nómadas. Texto: Natxo Gutiérrez. Fotos: Nuria G.Landa.

El esqueleto de un cobijo maltrecho fue la última huella del tránsito de nómadas sin techo a sedentarios

de un hogar para treinta familias gitanas y portuguesas. El recuerdo de Lidia y su marido, Augusto, perteneciente a esta última etnia, está salpicado de sombras y luces, las que se abatían sobre sus vidas y la de sus cuatro hijos -Susana, Verónica, Andrés e Isaac-, de entre 3 y 12 años, en las noches frías de su última morada, un asentamiento en el extrarradio de Pamplona. Entonces, la luz del fuego parecía encender la esperanza en los padres por procurar a su descendencia un futuro diferente a su pasado desolador, escrito de trazos duros entre chabolas y camiones convertidos en habitáculos ambulantes.

El presente y el porvenir de la familia María Dos Santos discurren por derroteros diferentes, protegidos por la seguridad de una vivienda, en su esfuerzo por lograr su inserción plena en la sociedad. Su aspiración de familia normalizada convive entre las paredes de un primer piso en una población de la ribera navarra. Repartidas entre 95 metros cuadrados, las estancias de la casa procuran un mínimo de confortabilidad y evitan la obligación, tantas veces asumida por sus moradores, de hacinarse en el descanso de la noche.

Porque Lidia y su marido han debido azuzar su ingenio ante la necesidad. Cuando vivían en el asentamiento, erigido a la sombra del Centro de Acogida de Minorías Étnicas Santa Lucía, en Pamplona, sus extensiones se reducían a 20 metros cuadrados, divididos entre el espacio de carga de una furgoneta de 2 metros de longitud y una choza de maderas. El pequeño transporte hacia las veces de habitación compartida, con soportes metálicos que dividían en dos alturas los jergones de pequeños y mayores.

Al menos, en el asentamiento, Lidia y Augusto «viven un poco mejor» que cuando peregrinaban de un lado para otro, sin rumbo fijo y con el futuro detenido en el amanecer de cada día. «Había luz y agua» y sabían que nadie podía incomodar su estancia en un recinto protegido, bajo el auspicio del Ayuntamiento de Pamplona y la atención del equipo educativo de la Fundación Santa Lucía-Adsis.

A el llegaron luego de deambular, durante dos años, por las proximidades del Centro de Santa Lucía, cobijados de los azotes del viento a la sombra del polígono Agustinos. Entonces, la vida se abatía con toda su crudeza y tan pronto aparecían en un punto del recinto, como al día siguiente, cambiaban de lugar. Cualquier inoportunidad añadía una nueva traba a la existencia ya de por sí exigente. «Antes vivíamos los seis en dos metros en una furgoneta de dos metros», advierte Lidia con una expresión tajante.

Las últimas Navidades

Con dos meses de estancia en su vivienda de la Ribera, en su memoria permanecen aún intactas las imágenes de los encuentros



De izquierda a derecha, Lidia Dos Santos, Augusto María con Isaac, Susana, Verónica y Andrés, en el triciclo.



Lidia Dos Santos con sus cuatro hijos, en una habitación de su nueva casa.

Portugueses y gitanos

Las etnias portuguesas y gitanas sobrellevan un peso de prejuicios que, en ocasiones, frenan su promoción. Lidia y su marido saben de la incomodidad que les supone ser señalados simplemente por una diferencia de piel, pero, con buen criterio, se esfuerzan por transmitir a la ciudadanía un mensaje conciliador: «hay buenos y malos portugueses; como hay buenos y malos gitanos y buenos y malos payos».

También advierten de un error de identidad cuando los alejados de su cultura les confunden con gitanos. Quienes conviven en las proximidades de su entorno reparan en las notables diferencias, no sólo aparentes, que les distinguen como etnia.

informales en torno a la omnipresente hoguera, todo un símbolo en la cultura gitana y portuguesa. El fuego calmaba los desánimos pero también ayudada a combatir el frío en noches de condiciones adversas, como la última Nochebuena en el que el termómetro descendió a 7 bajo cero.

Durante el año y medio en el asentamiento, el deseo de mejorar su situación empujó a Lidia a inscribirse en un curso en La Rochapea para reforzar sus conocimientos de cocina y de lenguaje y aprender labores.

Las últimas navidades llegaron para toda la familia con la noticia «esperada» de su salida a un piso en condiciones. «Los hubo que salieron antes; los hubo que después», relata la mujer. El suyo fue uno de los últimos siete clanes que dejaron atrás la caravana y la choza.

Con la novedad que todo cam-

bio comporta, Lidia y Augusto se encuentran en esa fase de adaptación que acompaña a cualquier mudanza. Su presente se concentra en los 95 metros cuadrados que abarcan tres habitaciones, una cocina, un salón y un baño. Lidia se esfuerza cada día por mantenerla libre de cualquier mácula, aunque, como observa, «quien es limpio en un sitio lo es en otro».

En busca de empleo

Mientras atiende la casa, Augusto recorre las calles de la población en busca de un trabajo, que le mantenga ocupado y, a la vez, le procure un sustento mayor del que recibe en concepto de beneficiario de la renta básica. La familia depende de esta mensualidad institucional. Hace un tiempo que concluyó su trabajo de peón, mientras suspira por una nueva oportunidad que le coloque de nuevo en el mercado laboral. Su aspiración se resume en lograr un empleo de repartidor con vehículo.

Hasta el próximo curso, en que el pequeño Isaac pueda acceder a una guardería, Lidia no sondeará las oportunidades de trabajo, en su voluntad de ayudar a la familia a asegurarse el sustento. Mientras, a Susana, la mayor de la descendencia, el cambio de residencia le ha procurado una doble satisfacción: la de abandonar la falda del uniforme en su vestuario colegial, pero, sobre todo, la de vivir bajo techo seguro. A diario, al término de las clases, ella y sus hermanos regresan al calor del hogar.

La familia María ha dispuesto de una furgoneta como único techo

«Una carrera universitaria, como los payos»

N.G. PAMPLONA

El sueño de Lidia posee tintes de futuro. «Que tengan carrera como los payos», desea para su descendencia. Ni ella ni su marido quieren para sus hijos el deambular sin metas que han marcado su trayectoria. Tan sólo en una ocasión anterior, por espacio de un mes, habitaron una vivienda. Durante el resto de su vida, han tenido por techos y paredes unas destaraladas maderas y la desventajada carrocería de un furgón.

Los hijos de Lidia y Augusto se criaron en la calle. Ahora que habitan en un primer piso, separados por una escalera de la vía pública, sienten cierta nostalgia por volver cada día a ella. La extrañeza que sienten al llegar a su nueva estancia se comprende por la ausencia de rostros que antes, cuando entraban en la chabola, saludaban su llegada a la carrera. «Lamentan que detrás de la puerta no esté la calle», observa su madre. Lidia también echa de menos la calle y el fuego, dos de sus eternos acompañantes.

Los pequeños tienen sus propios sueños de mayor. A Andrés, le gustaría ser mecánico, mientras Verónica expresa a sus padres su deseo de llegar a ser peluquera. Susana, por ser la mayor, quizá sea la más consciente de los problemas que han atoisgado y siguen acuciando a su familia, como asegura Lidia.

Origen portugués

En esa tesitura, los progenitores tratan de esforzarse por desviar a sus hijos de los derroteros que la vida les empujó a vagar sin destino cierto. Su unión se confirmó en las proximidades de la localidad portuguesa de Viñais, en la extrema y dura región de Tras Os Montes, de donde es natural Augusto. Lidia, aunque nacida en la localidad leonesa de Ponferrada, cultiva por herencia las costumbres portuguesas. Como tantos otros de su etnia, traspasaron la frontera tras el sustento que su tierra de origen les negaba. «De donde soy, cuando quiere pasar un tráiler, por aquí ha pasado un avión», señala el cabeza de familia. En esa búsqueda, que les empujó a los tortuosos caminos de la emigración, recalaron en la Comunidad foral, atraídos por la oportunidad de ganar un jornal en la vendimia.